



Don Quijote, héroe de la fe

QUERO, Alberto

*Universidad Católica Cecilio Acosta
albertoquero@yahoo.com*

Resumen

El argumento de “Don Quijote de la Mancha” está enmarcado por varias ideas que deben ser revisadas. Más allá de la oposición –que tradicionalmente ha señalado la crítica– entre locura y cordura, hay en la novela una exposición de conceptos éticos y morales: justicia, fe y bondad. Y es precisamente allí donde se encuentra uno de los argumentos que mejor permiten cuestionar la teoría –comúnmente aceptada– según la cual el Quijote es una novela postmoderna, porque destruiría la noción clásica del héroe invicto. Por el contrario: si se observa atentamente, se verá que Alonso es perfectamente victorioso porque es redimido en cuerpo y mente, y al final pasa a la vida eterna, que es el triunfo existencial más trascendente para un creyente cristiano.

Palabras clave: Existencia, fe, paradoja.

Don Quijote, a hero of faith

Abstract

The “Don Quijote de la Mancha” plot is defined by several ideas that have to be reviewed. Beyond the opposition that is traditionally pointed to by critics, between insanity and sanity, the novel exposes a number of ethical and moral issues such as justice, faith and goodness. And this is precisely wherein lies one of the strongest arguments that allow us to question the commonly accepted theory which states that Quijote is a postmodern novel, because it destroys the classic notion of the triumphant hero. Nevertheless, if we look closely we will see that Alonso is perfectly victorious because he is redeemed in body and mind and at the very end he passes on to eternal life, which is the most transcendental existential achievement for a Christian believer.

Key words: Existence, faith, paradox.

Introducción

Quizá para mí será el morir como un despertar que me desengañe de groseros sueños pasados, así como la curación hace saber al demente los errores en que estuvo durante la enfermedad

Fenelon
El ente infinito

para Guillermo Yepes Boscán

La circunstancia vital de Alonso Quijano está enmarcada por varias ideas básicas que conviene examinar cuidadosamente. Más allá de la obvia oposición entre locura y cordura que tradicionalmente ha sido señalada, hay relaciones entre conceptos éticos y morales: justicia, fe y bondad. Y es precisamente allí donde se encuentra uno de los argumentos que mejor permiten cuestionar la teoría comúnmente aceptada según la cual el Quijote es una novela postmoderna porque problematiza la noción clásica del héroe invicto. Si observamos detenidamente, se ve que Alonso es perfectamente victorioso porque es redimido en cuerpo y mente, y al final obtiene el triunfo existencial más trascendente para un creyente, que es el ingreso a la vida eterna. De modo que la victoria es patente y manifiesta. Como afirma Cioran (1986, 1992:174) “la desolación o el nirvana son las únicas salidas posibles cuando se ha tocado el fondo de todo”. Pues bien, en tanto escritor de orden, Cervantes no ha querido que su personaje terminara en la desolación sino que le hace subir al nirvana. Y el método por el cual ello se logra es la espiritualidad cristiana.

Así, el avance y la innovación de Cervantes no estaría, como ha querido verse, en escribir un libro humorístico que cuestione viejos mitos, sino en proponer un nuevo camino de heroísmo, una forma inédita de consagración para el hombre.

1. Don Quijote, el héroe

Según veremos en el Quijote, la *conditio sine qua non* para la existencia del héroe, más que su actuar, es la bondad que tiene que

albergar su alma: sin ella su proceder sería ilógico porque carecería de motivación. En el Quijote, la base clásica se mantiene: la magnanimidad y la bonhomía de Alonso son incontrovertibles, pero además hay un nuevo sentido de la bondad y de la heroicidad. Comencemos diciendo que el protagonista es, desde siempre, un hombre bueno.

“En tanto que don Quijote fue Alonso Quijano el bueno, a secas, y en tanto que fue don Quijote de la Mancha, fue siempre de apacible condición y de agradable trato, y por todo esto no sólo era bien querido de los de su casa sino de todos cuantos le conocían” (II, LXXXIV: 503)

Así, el personaje fue, desde el comienzo de su vida, un ser intachable y ejemplar. La novela es testimonio de ello: el relato comienza justamente cuando Alonso pierde el juicio y describe cómo él mantiene intacta su bondad, aun a pesar del delirio. El altruismo del protagonista resiste a toda prueba:

“Así, ¡oh, Sancho! Que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana. Hemos de matar a los gigantes a la soberbia; a la envidia en la generosidad y buen pecho; a la ira en el reposado continente y la quietud de ánimo; a la gula y al sueño en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; a la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza con andar por todas partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros” (II, VIII: 344)

Es notorio el deseo de perfección. Aunque piense en gigantes y en buscar aventuras inexistentes, Alonso desea combatir los vicios y las imperfecciones del alma. Así, estamos ante una de las más interesantes –y hermosas– paradojas del Quijote: la del loco sensato, la del hombre que vive en la total otredad y sin embargo mantiene un rasgo de sublime y elevada nobleza. Hasta en medio de la demencia, Alonso mantendrá una determinación tan férrea por ser bueno, que al final encontrará la recompensa de Dios. Por ello, no estamos ante un quiebre de la noción clásica del héroe clásico sino ante una visión inédita

de él. Ha dicho Blanchot (1969, 1992: 75) que “el héroe sólo es acción, la acción lo hace heroico. El heroísmo es la soberanía luminosa del acto que ilumina y lo ilumina” Don Quijote será, entonces, un héroe épico en el sentido más estricto de la definición canónica, sólo que sus triunfos no serán bélicos. Don Quijote será, entonces, un héroe en una dimensión superior: él no libertará princesas ni acaudillará naciones conquistadoras. Su batalla será, a pesar de sí mismo, por el bien y la justicia, un bien y una justicia que él juzga erróneamente, pero que es bien al fin y al cabo ¿Es, entonces, don Quijote un quiebre con la tradición épica? Parece que no, sino más bien una innovación respecto a ésta. Porque esta novela ha sido considerada siempre bajo una sola luz, y se ha olvidado la tradición de espiritualidad cristiana que siempre animó a Cervantes. Víctor Bravo (1997:56) refiere lo siguiente:

“El héroe se presenta como guardián del orden: por él la causalidad se realiza (su acto será, siempre, triunfante) y la teleología de la existencia alcanza su plenitud (el imaginario del héroe es también el imaginario del final feliz) Por el héroe triunfante, que alcanza en la épica su esplendor, el héroe trágico purgará, con su propia negación, la negación del orden: ambos héroes, el esplendente y el negado por el fatum, responderán por el resguardo del orden y lo real. A partir del *Quijote*, la visión irónica abre una vertiente distinta del acontecer heroico. La conciencia crítica en la escena del relato invertirá los signos de la heroicidad para enfrentar al ser, no a la luminosidad de su triunfo o al absurdo de su fatum sino al desamparo y a la intrascendencia de su debilidad”

Ciertamente estamos ante una nueva forma de heroísmo: el héroe espiritual, el que se consagra por vivir “en el límite que nos tiene puesto la religión cristiana”. Aunque no lo parezca, don Quijote es, más que un guardián o un defensor del orden, un actualizador de la realidad, hasta en lo absurdo. No hay ironía alguna: poco importa que yerre en lo externo, lo fundamental es su deseo filantrópico. Esto es, ninguna relevancia tiene que Andrés no sea un doncel y que su amo no sea un noble sino el labrador Juan de Haldudos. Ninguna relevancia tiene que los molinos no sean gigantes sino que

Alonso desea combatirlos: a todo trance, el protagonista busca la justicia. El acto, entonces, se verifica, aún por encima del delirio:

“Estas voces, sin duda, son de algún menesteroso o menesterosa que ha menester mi ayuda (...) Descortés caballero [a Juan de Haldudos, que zurra al joven Andrés] mal parece tomaros con quien defender no se puede” (I, IV: 159)

Ese continuado afán por ser bondadoso y equitativo se mantiene a pesar de todas las adversidades –y no puede haber una peor que la demencia– y es ello lo que convierte a Alonso en un hombre sublime. Él es un héroe, pero no tanto por lo que *hace* como por lo que *es*; aún más: por lo que *quiere ser*. Así, la virtud del personaje no solamente ejecuta el acto, sino que trasciende la brevedad y lo efímero del momento para convertirse así en una característica permanente de su ser. Alonso hace las cosas porque es altruista y desea permanecer así. De modo que don Quijote es un testimonio de la infalibilidad del orden divino; esto es, la “teleología de la existencia” que advierte Bravo, la cual no se realiza en el mundo a través del protagonista –esto es, en lo exterior– sino en el héroe mismo, en lo íntimo de su alma, y él alcanza ese orden como premio a su perseverante búsqueda de mismidad. Alonso no es un ángel impoluto que viene a reconstruir o a preservar el mundo. Y sin embargo triunfa. Ello se debe a dos razones: la primera es que en la realidad nunca se ha perdido el orden, que sigue inmutable, sino solamente en la mente del protagonista; la segunda es que quien restituye el orden en el único sitio en el que se ha perdido, en la mente de Alonso, es Dios. Dios premia con la cordura y la salvación la perseverante voluntad de Alonso. De modo que lo que convierte al protagonista en héroe ya no será “la inversión de los signos de la heroicidad” sino la permanencia de su bondad: la luminosidad y la fortaleza radicarán más en el ser que en el hacer.

2. La fe y el sentido

Hemos dicho que el relato clásico del héroe épico se verifica en el Quijote con precisión casi milimétrica. Y sin embargo, al

mismo tiempo, lo reactualiza en una forma hasta entonces desconocida. Dice el protagonista que: “yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos” ” (II, XLII:454)

Pero como en todos los aspectos, esta novela abre caminos nuevos y plantea horizontes inéditos en la literatura universal, partiendo de las bases tradicionales, mucho más que crearlos *ex nihilo*, como tantas veces se ha pretendido. Víctor Bravo (1993:45) describe el “esquema del mito de iniciación: ‘separación–iniciación–retorno’”:

“El héroe recibe el llamado de la aventura y decide entrar en el mundo lleno de peligros donde, auxiliado por ayudantes mágicos, se enfrenta a prodigios sobrenaturales y fuerzas incommensurables, y donde obtiene victorias decisivas que lo llenan de honor; el héroe regresa entonces lleno de gloria. El héroe mítico de la epopeya (y su variante del cuento de hadas) es victorioso o no es héroe. Cuando el héroe deja de ser victorioso se vuelve cómico y/o trágico.”

Para ahondar en estas afirmaciones, vale recordar que existen ciertos patrones que la civilización occidental registra desde la antigüedad. Joseph L. Henderson (64,97:110) asegura que los mitos tienen estructuras más o menos fijas y suelen repetirse con relativa frecuencia:

“En muchas de estas historias, la primitiva debilidad del héroe está contrapesada con la aparición de fuertes figuras ‘tutelares’ –o guardianes– que le facilitan realizar las tareas sobrehumanas que él no podría llevar a cabo”.

Como vemos en el caso de don Quijote, él recibe una suerte de “llamado”, pero como la aventura es consecuencia del delirio, es absurda. Por lo mismo, recibe el auxilio de una figura tutelar que es Dios. Más importante aún: al final de su peripecia – o mejor: cuando Dios decide que es el final– Alonso recibe el honor de la gloria eterna. Es así como Cervantes, si no lo resucita al pie de la letra, al menos lo anima en una nueva dirección. Ello se debe a que el triunfo de

Don Quijote no es igual al que se había cuestionado a partir del Renacimiento. Así, la separación se verifica pero sólo en la mente de Alonso. Esto es, la realidad nunca cambia, es el personaje el que se aleja de ella. Este proceso, por inexplicable y hasta cruel que pueda parecer, es necesario para que la prueba y el acto heroico realmente se verifiquen. Según expresa Cassirer (1964,1998:51):

“solamente desmenuzando el mundo puede el hombre actuar sobre él. No aprehendemos lo real tratando de alcanzarlo paulatinamente por los penosos rodeos del pensamiento discursivo; es necesario colocarse directamente en su centro”

Así, era necesario para Alonso el alejarse de la realidad e internarse en la demencia: únicamente así podía desafiar y vencer, gracias a su inquebrantable filantropía, a sus propios fantasmas, únicamente así podía coronarse de la gloria celeste. Pocos espíritus cuestionan la vida y se la plantean de formas distintas. Según Kierkegaard (1843, 1977: 20):

“La mayoría de la gente se queja de que el mundo es muy prosaico, de que la vida no es como en las novelas, donde las ocasiones son siempre propicias. Yo me quejo de que la vida no es como en las novelas (...) donde uno no tiene que liberar princesas encantadas (...) es una imperfección humana alcanzar lo que anhelamos únicamente a través de lo contrario (...) únicamente a través del pecado se ve la bienaventuranza”

En algunas oportunidades es imprescindible que el hombre se enfrente a algo, pero no a la solución del problema, sino a algo que lo ponga en jaque. Es en medio del caos donde se prueba la templanza del ser humano: el verdadero creyente encontrará fuerzas, pero el apático sucumbirá definitivamente. Tal como lo ha anotado Foucault (1966, 1971:2-3) “La enfermedad es, a la vez, el desorden y la peligrosa otredad (...) sabemos lo desconcertante en la proximidad de los extremos”. Es así como la mesa de la paradoja está servida.

El destino de Alonso parece incongruente con lo que merece. Pero hay un fin superior en su drama. Mientras tanto, la situación

de don Quijote se nos antoja contradictoria porque no parece corresponder con su contexto. Se nos antoja que la locura es un castigo incoherente con la decidida voluntad de Alonso por ser bondadoso, de modo que sentimos que la ley de causa y efecto ha sido violentada. Nos preguntamos por qué, si el protagonista es bueno, pierde el juicio en una forma tan terrible. Dijo Aristóteles (1991: 14-15) que:

“los hombres no han de ser mostrados mientras pasan de la felicidad a la desdicha, porque eso no es terrible ni lamentable sino infame (...) La compasión es por quien no merece sufrir”

En pocas palabras, piensa el estagirita que el poeta debe evitar describir el sufrimiento del justo porque ello no es sólo estéticamente desagradable sino, además, absurdo. Pero otra es la solución que plantea la teleología judeocristiana, en la que indudablemente se halla inmerso Cervantes. En este sistema de creencias encuentra sustento y legitimación la idea de la prueba divina. La confirmación emblemática la encontramos en la historia de Job. En este relato bíblico observamos claramente la idea de la recompensa celestial si la fe del hombre se mantiene. Además, suele suceder que por la acción de un solo hombre que supera una sola prueba, se reivindica todo el género humano y se afianza el papel de Dios –a través de su infalible justicia- como garante de todo orden. Como explica Kierkegaard (1843, 1992:37) a veces la falta de conexión entre origen y resultado es solamente una apariencia que el ser humano no alcanza a comprender de inmediato, pero que en el fondo esconde la perfecta lógica divina:

“Y, con todo, Abraham era el elegido de Dios y era el mismo Señor el que le sometía a prueba (...) Abraham creyó a pesar de todo y creyó para esta vida. Porque si su fe se hubiera referido solamente a la vida futura, no le habría costado apenas nada despojarse de todo para abandonar un mundo al cual ya no pertenecía (...) Sí, Abraham creyó y no dudó nunca. Creyó lo absurdo”

De este modo, por medio de la religión, la civilización occidental ha encontrado un valor místico y trascendente en la contradicción. Buena parte de nuestro imaginario cultural y filosófico ha sido fundado sobre el “*ne nos inducas in tentationem*”, esto es, en la convicción de que la desgracia humana no es absurda ni se produce por azar sino por la deliberada –y al final beneficiosa– intervención de Dios. Algo parecido insinúa Unamuno (2002:193) cuando dice: “Y Dios quiso, sin dudas, probar la fe y obediencia de Don Quijote como había probado la de Abraham mandándole subir al monte Moria a sacrificar a su hijo”. Con este rápido resumen podemos comprobar que un gran segmento de la cultura se basa en lo que Ferrater Mora llama paradoja existencial. De acuerdo con este concepto:

“En la paradoja existencial no hay contradicción, sino más bien lo que podemos llamar ‘choque’ y si engendra o refleja lo absurdo lo hace en un sentido distinto del lógico o del semántico. La paradoja existencial se propone restablecer ‘la verdad’ (en tanto que verdad ‘profunda’) frente a las ‘meras verdades’ de la opinión común y hasta del conocimiento filosófico y científico” (2001:2969)

Ciertamente en don Quijote hay un choque. O mejor: en la mente de Alonso se produce una inversión de los conceptos de realidad y de fantasía. Pero Cervantes hará que al final se conjure el equívoco y aparezca una explicación plausible a la locura. En esta concepción superior de la vida que anima a Cervantes, la esperanza juega un papel preponderante y la confianza en la Providencia da un hálito de alivio a los sinsabores de la vida. Ha dicho Kierkegaard (1843, 1992:32) que “si un vacío sin fondo, nunca ahíto, se agazapase en la raíz del cosmos, ¿que sería entonces la vida sino desolación?”.

Para el creyente judeocristiano todo tiene un motivo racionalmente explicable, sólo que es temporalmente invisible y Dios lo revelará cuando lo considere conveniente y oportuno para la comprensión humana. Es así como al final de su vida también acaba la peripecia de Alonso (II, LXXXIV: 503).

“ya conozco mi necedad y el peligro en que me pusieron el haberlas leído (las novelas de caballería) ya, por la misericordia de Dios, escarmentado en cabeza ajena, las abomino (...) Los [cuentos] de hasta aquí, -replicó don Quijote- que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con provecho del cielo, en mi provecho”

En otras palabras, al final de sus días, Alonso encuentra la rendición total, no sólo en lo físico sino también en lo espiritual. La curación del personaje abarca, simultáneamente, la remisión de una patología psíquica y también el acceso a la vida eterna. Es una de las pruebas –acaso la capital– de que el objetivo que Cervantes persigue es una recomendación edificante de carácter moral, mucho más que la simple sátira que ha visto la crítica tradicional.

3. Paradojas de vida y muerte

Hemos llegado al clímax de la paradoja: don Quijote triunfa después de fracasar. O más precisamente: él triunfa *porque* fracasa. Ello se debe a que él no logra lo que se propone, que es restituir el orden caballeresco y luego recupera la cordura -cosa que hubiera sido imposible si el mundo novelesco realmente existiera y hubiera alguna posibilidad de restaurarlo- pero únicamente para morir inmediatamente. Según vemos, Alonso cae en la demencia, por intervención divina regresa momentáneamente a la realidad e instantáneamente accede a la supra-realidad. Así, el camino de rendición de don Quijote transita por dos etapas. La primera es la santa enfermedad. La segunda, consecuencia obvia de la anterior, es la buena muerte.

3.1. La santa enfermedad

Uno de los más notables aspectos del Quijote es la permanente oposición entre realidad y fantasía, entre lo tangible y lo falso. Este pertinaz contraste recorre medularmente la obra y siempre se resuelve a favor de la certeza del mundo objetivo; la mejor muestra de la dicotomía entre la veracidad y la falsedad es, obviamente,

cómo el protagonista pierde y recupera el juicio. Hay que comenzar recordando que lo que al hidalgo manchego se le aparece como normal y evidente, es, en el fondo, el más gigantesco disparate. Pero un día, por causa de un repentino cuadro febril, don Quijote recupera el raciocinio:

“¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho!
En fin, sus misericordias no tienen límite ni las abrevian ni
las impiden los pecados de los hombres” (II; LXXIV: 503).

Con tal alabanza, don Quijote –o mejor: Alonso que ya ha regresado– agradece la cordura nuevamente adquirida. Evidentemente, la alegría del personaje parece estar destinada a una reconstrucción del sentido a través del restablecimiento de la salud mental. Cervantes ha encontrado la forma más contundente para eliminar el engaño en el que había caído un hombre bueno y justo. El autor se ha valido de la figura más inequívocamente emblemática del orden –el mismísimo Dios– para que a Alonso le sea revelado su equívoco. Ciertamente Dios, en tanto personaje literario, no aparece en el texto, pero por las palabras de Alonso se puede deducir su éxtasis. Respecto a este punto, ha dicho Cioran (1992: 203) que:

“entre todos los seres que buscan, sólo el místico ha *encontrado*, pero el precio de tan excepcional privilegio es no poder decir jamás qué ha hallado y ello a pesar de que posee la seguridad que únicamente le otorga la sabiduría intransmisible (la verdadera sabiduría, en suma) El camino por el que nos invitará a seguirle es una vacuidad que colma, puesto que sustituye a todos los universos abolidos”.

Así, la fiebre que ataca a Alonso es paradójica: en la práctica no funciona como un elemento de otredad sino de mismidad. Esto se debe a que la fiebre es lo que zafa al protagonista del delirio en el que está, y le devuelve a la realidad objetiva: aunque agonizante, Alonso es liberado del Quijote y cesa la pesadilla. No es sino hasta ese momento en que Alonso alcanza el conocimiento absoluto. No es sino hasta entonces en que él llega a la perfección de su espíritu. Dice Cervantes que:

“después de haber hecho la cabeza del testamento y ordenado su alma, don Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegó a las mandas” (II, LXXIV: 503)

Finalmente, el personaje está en posesión de sí mismo. La locura ha terminado y la vida casi. Todo se ha consumado: las “circunstancias cristianas” están cumplidas, la primera de ellas, la más importante, la tenencia del juicio, ha regresado; de hecho, a tanto llega la lucidez del personaje que hasta sabe que sus días están por terminar. Como vemos, la fiebre propone una asombrosa –pero siempre a favor de la mismidad– inversión de las características que la convención le atribuye a la enfermedad. La fiebre es real, súbita y finaliza la vida; además, dado que la ha enviado Dios, es sabia, aunque parezca incomprensible o salida de la nada; más aún: santifica y redime a Alonso porque le trae de nuevo la coherencia. La locura, por su parte, es producto de una fantasía desbocada, es progresiva y está al comienzo, no de la vida, pero sí de la peripecia –en el sentido más griego del término– del personaje; por otro lado, como la ha enviado el mundo a través de los libros de caballerías, es errónea, a pesar de que cada libro es una suerte de enciclopedia llena de códigos de comportamiento y de leyes de vida; lo peor: la épica es la causa de la devastación de don Quijote. Es necesario tener en cuenta que el absurdo se produce cuando hay incongruencia entre causalidad y finalidad, y que si se produce tal incompatibilidad entre la una y la otra, la homogeneidad de lo real queda cancelada. Señala Víctor Bravo (1998: 49) que:

“la manifestación de lo absurdo en lo real se produce de dos posibles maneras: como supresión de la presuposición de la causalidad y/o como supresión de la finalidad, clausurando de este modo las fuentes del engendramiento del sentido”

Pues bien, con la fiebre redentora, Cervantes ha restituido el sentido porque ha hallado una finalidad; tal cosa se le antoja coherente no sólo con la razón sino también con la fe. Por lo mismo, porque la finalidad ha sido develada, la lógica del castigo y de la redención se aplica perfectamente a Alonso: él es fundamentalmente bueno y no merece estar desquiciado, semejante tortura so-

lamente debe estar reservada para los malignos. No por otra causa ha dicho el ama: “*encomendados sean a Satanás y a Barrabás tales libros, que han hecho perder el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha*” (I; V: 162) Pero ha triunfado la inefable justicia divina: ella ha traído un método inesperado pero eficaz para lograr la sanación y con ella la redención del personaje. El protagonista merecía ser devuelto al territorio de lo razonable y así ha sido. Y todo ello ha sucedido al final de la vida de Alonso, como si Cervantes insinuara que no hay mayor lección para un ser humano que entender que la razón y la demencia son tan opuestas como la bondad y la maldad. Todavía más trascendente: no hay experiencia más significativa para un hombre que experimentar la justicia de Dios, que a pesar de sus aparentes dilaciones, es inexorable y perfecta.

3.2. *La buena muerte*

Como decíamos, la santa enfermedad logra su culmen en la buena muerte. Cervantes ha transformado la muerte en algo positivo; ya no es un evento tenebroso y horripilante sino la recompensa a la que accede el ser humano después de haber aprendido la lección que Dios le había reservado. El autor no ha permitido que el personaje perezca sin haber encontrado la iluminación:

“una de las razones por las que conjeturaron (los que rodeaban su lecho de muerte) que se moría fue el haber vuelto con tanta facilidad de loco a cuerdo, porque a las ya dichas razones añadió otras tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino a quitar la duda y a creer que estaba cuerdo” (II, LXXXIV: 503)

Así pues, don Quijote ha ganado el máximo premio al que se puede aspirar en esta vida: la otra. Continuamente se ha tratado a don Quijote como un héroe fracasado. Pero esta afirmación es fácilmente cuestionable a la luz de la religiosidad cristiana. Es así que, desde el punto de vista espiritual, el sino del personaje no puede ser mejor, porque en él se logra la consumación del *desideratum* piadoso. Valbuena Prat (1964:88) sostiene lo siguiente:

“La solución final en don Quijote es algo más doloroso, la tragedia última de la noción del propio fracaso, en el hundimiento del reino de la ilusión. Por esto don Quijote, al volverse cuerdo se muere. Sin Dulcinea, sin caballerías, tiene su aislada y pobre tragedia un sentido de dolor interno superior a cualquier otra solución posible. Queda, en todo esto, como motivo vivo y último, la bondad (...) queda por encima de la enseña gloriosa del héroe, la humanidad, la bondad, el nombre de Alonso Quijano el bueno. Por eso el final es dolorido y resignado, a la vez profundamente humano, el consuelo sobrio y firme de la religión cristiana del bondadoso hidalgo de aldea, a las puertas de la Eternidad”.

Si bien Valbuena acierta cuando dice que la bondad de Alonso es lo único que permanece, y que el consuelo es la fe, falla al considerar las implicaciones de esa fe. Olvida Valbuena que el fracaso de Alonso no es tal, porque él está luchando por un imposible, de modo que ese fracaso, en el fondo es positivo. Es, además, totalmente inevitable: “el hundimiento del reino de la ilusión” era algo, por imposible, evidente e inexorable. Entonces, lo que pudiera parecer frustrante porque no logra el objetivo deseado, en esta novela es requisito básico para que el protagonista e recupere. Ha dicho Henderson (1997:129) que “las figuras típicas del héroe agotan sus esfuerzos para alcanzar la meta de sus ambiciones”, y lo logran, porque esas ambiciones son reales. Don Quijote, por contra, falla, y justamente por ello sobrevive: si él hubiera persistido en su lucha contra los molinos, a buen seguro hubiera muerto. Pero sus intentos no funcionan, lo que da tiempo para que se produzca la sanación física y espiritual. La prueba de ello es la forma en la que Alonso termina expresándose acerca de las novelas de caballería. Así pues, Alonso ha obtenido la recompensa suprema. Al recuperar la razón descubre la finalidad de lo que le ha sucedido. Al filo de la muerte, el héroe confirma que su vida ha tenido un propósito de aprendizaje que es invariable y perfecto porque es obra de Dios. Solamente la forma cambia y a él le ha tocado el que mejor le acomodaba. La locura de Alonso fue apenas la conclusión de la búsqueda esencial que todo hombre experimenta en su vida, esa bús-

queda que Blanchot (1959, 1993: 161) llama “principio de una búsqueda abstracta y de una efusión mística, visión de lo uno y de lo otro, en el vislumbramiento de un estado supremo, el *otro estado*” La puerta que abre ese otro estado no es otra que la fe, el abandono del ser en la confianza en un orden divino, eterno y perfecto. Y en ello Alonso ha sido tremendamente exitoso.

Así, a diferencia de algunas opiniones que lo presentan como primer paradigma del héroe malogrado, que habrá de consolidarse durante la Modernidad, la perspectiva de la piedad religiosa lo presenta como todo lo contrario, como un laudable triunfador. La demostración de ello es que aún en medio de su locura, él recuerda (I, XXII: 210) que:

“Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello”

Vemos que el protagonista confía en la equidad celestial, la misma que le alcanza a él mismo. Por mantener su inquebrantable convicción, ha recibido el premio definitivo: dejar de ser Don Quijote, volver a ser Alonso el bueno y así poder entrar al Paraíso. Él ha salido a buscar –aunque sea por medios imposibles– que en la tierra impere la justicia, y que así el orden terreno reproduzca el orden divino. Valbuena Prat (1964:98) cita a Turgenev:

“Es don Quijote, sobre todo, el problema de la fe, de la fe en algo eterno, inmutable, de la fe en la verdad superior al individuo. Vive para hacer triunfar ‘la verdad y la justicia en la tierra’; no hay en don Quijote traza de egoísmo (...) es todo abnegación y sacrificio; alienta un alma grande y heroica”

Con el Quijote, ya lo vemos, el concepto de mismidad ha sido cuestionado para bien: lo otro ya no es sólo el Infierno, sino algo peor: la locura. El Cielo es también otredad, pero es la buena. Y al saber que hay un lado luminoso de lo distinto, dejamos de temerle. Así lo ha entendido Unamuno (2002:301):

“la vida es sueño de cierto, pero antes dinos, desventurado Don Quijote, tú que despertaste del sueño de tu locura para morir abominando de ella, dinos: ¿no es sueño también la muerte?”

Así pues, con la buena muerte, la paradoja se resuelve: lo aparentemente absurdo adquiere un nuevo significado. Por la intervención divina la lógica se restituye y aparece un hilo de coherencia en lo que parecía puro caos. Y el creyente fiel es recompensado.

Fides est ratio: a modo de conclusión

Sin duda ninguna, el más interesante aspecto del Quijote está en la exploración literaria del concepto de paradoja existencial. Y, más aún, la forma en la que Alonso se comporta, que es propuesta como paradigma de lo meritorio. A pesar de lo contradictorio de su sino, el protagonista desea ser siempre un hombre de pro, y gracias a sus sólidas certidumbres humanas y cristianas lo logra. Incluso en el delirio, Alonso “*le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante*” (I, I: 152) Aún en su delirio, Don Quijote perdona y busca justicia en vez de venganza (Cfr. I, XLVI: 301).

Vemos, entonces, que la demencia de nuestro hombre consiste sólo en dar por ciertos los disparates que cuentan las novelas de caballería, pero no hay maldad en él: por el contrario, a pesar de todo, su esencia espiritual permanece inmaculada y la médula de su bondad se mantiene intacta. Así lo define Unamuno (2002:303) cuando afirma que:

“la raíz de tu locura de inmortalidad, la raíz de vivir en los inacabables siglos, la raíz de tu ansia de morir fue tu bondad, Don Quijote mío. El bueno no se resigna a disiparse porque siente que su bondad hace parte de Dios, del Dios que es Dios no de los muertos sino de los vivos, pues para Él viven todos. La bondad no teme ni a lo infinito ni a lo eterno; la bondad reconoce que sólo en el alma humana se perfecciona y acaba (...) El toque está en ser bueno, sea cual sea el sueño de la vida (...) (Don Quijote) muere a la locura, despierta a su sueño”

Justamente allí está su fortaleza y el origen de su triunfo, no en la parte bélica que resultaba la corona de los héroes clásicos, pero que no por ello deja de ser corona. Como afirma Valbuena Prat (1964:81) “Don Quijote se va imponiendo a todos los ambientes en que se halla por sus nobles razones, a pesar de la locura caballeresca”. Lo vemos en la forma en la que el propio Alonso explica cuál es su misión, siempre llena de altruismo y filantropía:

“que el principal asunto de mi profesión es perdonar a los humildes y castigar a los soberbios; quiero decir: socorrer a los miserables y destruir a los miserables. Desde aquí os digo que por esta vez renuncio a mi hidalguía y me allano y ajusto con la llaneza del dañador, y me hago igual con él, habilitándole para poder combatir conmigo” (II, XLII:454).

Así pues, el yerro de Alonso está en buscar equidad en las bases de un mundo ilusorio, intentar restablecer un orden con métodos imposibles de verificar en la realidad, y por tanto, caóticos. En pocas palabras, el problema está en el *dónde* y en el *cómo*, no en el *qué*. Así lo ha entendido Claudio Magris (1982:70) al destacar que “creer que los molinos de viento son gigantes es un error, pero no lo es la fe en los gigantes, o sea, la existencia de valores que justifiquen la vida”. Al final, el constante esfuerzo de Alonso por hacer el bien será lo que le valga la ayuda divina, que se manifiesta no sólo en la eliminación de la locura sino en el ingreso del alma heroica al cielo. Un final reconfortante y aleccionador; un héroe victorioso y recompensado, a diferencia de lo que muchos pesimistas han querido ver. De este modo, don Quijote nos muestra que el mayor tino del hombre no es saber que los molinos son molinos sino la simple y desinteresada filantropía. Don Quijote nos recuerda que la mayor virtud de cualquier ser humano es la fe y que nada hay más importante que la confianza en la justicia celeste. Con Don Quijote comprobamos que Dios es el único y definitivo guardián de todos los ámbitos, desde el que rige el cosmos hasta el que regula la mente de los hombres. Solamente Dios es capaz de saber cuándo y cómo conviene restituir el orden; además, es el único capaz de hacerlo efectivamente. Todo esfuerzo fuera de la fe será en

vano. Total, tenemos en Don Quijote más que un héroe, un testigo del orden divino: según la novela el verdadero héroe épico, el verdadero campeón invicto es Dios.

Referencias

- ARISTÓTELES (1991). *Poética*. Monte Ávila. Caracas.
- BLANCHOT, Maurice (1992). *El diálogo inconcluso (1969)*. Monte Ávila. Caracas.
- BLANCHOT, Maurice (1992). *El libro que vendrá (1959)*. Monte Ávila. Caracas.
- BRAVO, Víctor (1993). *Poderes de la ficción*. Monte Ávila. Caracas.
- BRAVO, Víctor (1997). *Figuraciones del poder y la ironía*. Monte Ávila. Caracas.
- CASSIRER, Ernst (1998). *Filosofía de las formas simbólicas*. Tomo III (1964) Fondo de Cultura Económica. México.
- CASTRO CALVO, José María (1964). “Ensayo preliminar”, en *Don Quijote de la Mancha*. Círculo de Lectores. Barcelona.
- CERVANTES, Miguel de (1999). *Don Quijote de la Mancha (1605, 1615)*. Castalia. Madrid.
- CIORAN, Emil M. (1992). *Ejercicios de admiración y otros textos (1986)*. Tusquets. Barcelona.
- FERRATER MORA, José (1992). *Diccionario de filosofía*. Ariel. Barcelona.
- FOUCAULT, Michel (1971). *Las palabras y las cosas (1966)*. Siglo XXI. México.
- HENDERSON, Joseph L. (1997). “Los mitos antiguos y el hombre moderno” (1964) en *El hombre y sus símbolos*. Caralt. Barcelona.
- KIERKEGAARD, Sören (1977). “Diapsalmata”, en *O esto o aquello (1843)*. Aguilar. Buenos Aires.
- KIERKEGAARD, Sören (1992). *Temor y temblor (1843)*. Labor. Barcelona.
- MAGRIS, Claudio (1998). “De parte de Sancho Panza” en *Ítaca y más allá (1986)*. Monte Ávila. Caracas.
- UNAMUNO, Miguel de (2002). *Vida de Don Quijote y Sancho*. Alianza. Madrid.
- VALBUENA PRAT, Ángel (1964). *Historia de la literatura española*. Tomo II. Gustavo Gili. Barcelona.